

DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL ILMO. SR. D. FRANCISCO MARÍA FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

RAMÓN GONZÁLVIZ RUIZ

Numerario

Dentro de muy pocas fechas el paso inexorable del tiempo nos introducirá en el nuevo año de un calendario que nosotros mismos hemos establecido y rige nuestra existencia. El año 2016 no será para esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo un año como los demás, porque esta institución va a conmemorar un acontecimiento de mucha transcendencia: el centenario de su nacimiento, ocurrido el día 11 de junio de 1916. En ese día un grupo de 12 intelectuales toledanos, inquietos y muy activos en esta ciudad, se reunieron en la Escuela de Artes y Oficios, convocados por el cordobés don Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales, Delegado Regio de Bellas Artes en Toledo, y decidieron crear una nueva entidad académica al servicio de la cultura toledana.

Los fundadores partían de la viva conciencia que tenían de dos hechos fundamentales: en primer lugar, de la riqueza histórica y artística que se concentraba en Toledo y, en segundo lugar, del bajo nivel general de cultura que se observaba en la sociedad toledana. Toledo, por entonces un poblachón donde convivían los monumentos y las ruinas, atraía a los escritores y artistas de gustos románticos procedentes de Madrid y otras partes del mundo, pero la ciudad llevaba ya siglos de postración.

Había tenido un año de gloria con motivo del centenario del Greco, pero nadie sabía cómo sacarla de una decadencia que parecía no tener fin. Para percatarse del atraso de Toledo en este tiempo quizás sería preferible contemplar los cuadros de Cutanda o las fotos históricas del académico Pedro Román, de Casiano Alguacil, de Abelardo Linares, de Rodríguez, en que abundan las imágenes de las viejas glorias de sus murallas, iglesias, palacios y conventos, de sus estrechas calles pobladas de azacanes con sus blusones, sus rústicos sombreros y sus borricos, de las lavanderas descalzas enjuagando la ropa a orillas del río, del polvo de las calles sin empedrar, polvorientas en verano y enfangadas en invierno y otras muchas imágenes de la vieja ciudad que todos llevamos en la memoria. Solo la Iglesia, el Instituto de Enseñanza Media, la Escuela de Artes y Oficios y la Academia de Infantería mantenían enhiesta la bandera de la cultura como divisa de una futura recuperación. Expuesta a vuelapluma la situación material y social de Toledo, añadamos que en este contexto histórico surgió esta Real Academia como respuesta de una élite de la sociedad toledana para la regeneración por medio de la cultura.

Aunque la Real Academia pasó por serias dificultades ya desde los años iniciales, los padres fundadores no podían imaginar las sirtes y bajíos que habría de sortear en su singladura centenaria la criatura salida de sus manos. No ha sido la menor el agobio de la última crisis económica general del país de cara al primer centenario, ya dentro del siglo XXI. Sin recursos en que apoyarse y sin benefactores en medio de la inclemencia, desahuciada con apremio de una sede que ocupaba desde hacía casi 100 años, la Real Academia de Toledo ha salido del trance por una vía casi milagrosa y aunque no se puede decir que el peligro haya quedado conjurado del todo, por lo menos desde hace tres meses dispone de un techo donde cobijarse y continuar su labor. El futuro ya no se dibuja con tanta negrura como hace pocos meses.

Despejado el obstáculo principal, la Real Academia en vísperas de su centenario estrena nueva sede, menos monumental, pero también menos incómoda que la Casa de Mesa. Resurgida, como el ave fénix, de sus cenizas, renueva su equipo directivo con la elección de un nuevo director, un nuevo secretario y un nuevo censor, una nueva Junta que ha puesto en pie toda su ilusión y luchará con todas sus fuerzas para

hacer operante la institución en la prosecución de los objetivos que hace un siglo le marcaron sus fundadores: investigar, difundir y ampliar el arte y la cultura de Toledo y su provincia, velar por la conservación de su patrimonio y trabajar para que Toledo siga siendo, como ya lo expresó Cervantes, «gloria de España y luz de sus ciudades».

En estas vísperas del centenario se produce también la renovación de algunas medallas vacantes, con la elección de nuevos numerarios, lo que supone la entrada de sangre nueva en la Real Academia y la continuidad en la labor mediante la incorporación de una nueva generación. A distancia de un mes desde la sesión solemne de apertura, hoy tenemos la satisfacción de dar la bienvenida a don Francisco María Fernández Jiménez, elegido en la última sesión académica del curso pasado antes del interludio veraniego.

Don Francisco María es un toledano de pro por nacimiento, por educación y por trabajo, nacido en 1962 (en el callejón de Panaderos, cerca de la Plaza Mayor), criado y avecindado en el casco histórico, hoy residente en la Calle de las Armas, que es como decir, en el cogollo de la ciudad, al lado de Zocodover. Es el segundo hijo de una familia numerosa, en la que él era el único varón. Tanto el padre como la madre fueron en su día miembros militantes de la Acción Católica, habiendo sido el padre presidente de la Juventud Católica de Toledo.

Con 6 años ingresó en el Colegio de Infantes y en él comenzó la educación primaria durante cuatro cursos. Se hallaba este acreditado colegio católico toledano viviendo los primeros años de su nueva restauración por iniciativa del cardenal Pla y Deniel en 1961 y estaba situado todavía en el mismo edificio edificado por el cardenal Silíceo en 1557. Pasada la guerra civil, el cardenal Pla y Deniel lo puso en marcha de nuevo, bajo el patronazgo del cabido primado y lo encomendó a un sacerdote de la catedral en calidad de vicerrector.

Las circunstancias familiares y sus primeros años infantiles fueron determinantes para la orientación de su vida. En 1972 con 10 años recién cumplidos pidió el ingreso en el Seminario Menor de Santo Tomás de Villanueva, de Toledo, donde siguió sus estudios durante cinco años hasta primero de BUP. En 1977 abandonó el seminario y continuó los estudios de grado medio en el Instituto El Greco de Toledo hasta el

preparatorio para la universidad que entonces se llamaba COU (=Curso de Orientación Universitaria).

Incorporado a la vida civil, la idea de la vocación eclesiástica no había abandonado al joven toledano y a pesar de la crisis que se había abatido en los centros de formación de la Iglesia en gran parte de España, Francisco María pidió el reingreso en el Seminario Mayor de San Ildefonso de Toledo en 1980. Este centro de formación sacerdotal había atravesado un periodo de completa remodelación desde los comienzos del pontificado del cardenal González Martín, hasta lograr la afiliación a la Facultad de Teología del Norte de España (sede en Burgos), recuperando así sus estudios el reconocimiento universitario que antes había disfrutado. En él el joven Francisco María culminó brillantemente su formación con el título de licenciado en Estudios Eclesiásticos y con la ordenación sacerdotal en 1986.

Su inmediato nombramiento para regentar la parroquia de Yeles no supuso la paralización de sus estudios, pues por disposición del cardenal González Martín, ese destino en las cercanías de Madrid le habría de facilitar el acceso a la universidad Complutense, donde se matriculó en Filología Clásica. Así, sin solución de continuidad pudo compatibilizar el ejercicio de la pastoral parroquial con los estudios superiores. Cinco años duró esa situación y al final obtuvo la licenciatura y con ella llegó también el cambio de residencia a Toledo para desempeñar la docencia en el Instituto Teológico de San Ildefonso. Eso fue en 1991. En la intención del cardenal Marcelo esa especialidad habría de servir para reforzar los estudios clásicos en el Seminario, una parcela siempre querida de la Iglesia, que después del Vaticano II y no por causa del concilio sino de las torcidas interpretaciones, había caído en picado en los planes de estudio de muchos centros de la Iglesia.

Con estos cambios su vocación comenzó a perfilarse en la práctica con una mayor nitidez. Una vez emprendida esta nueva orientación de su vida, su afán de superación le impulsó a seguir ascendiendo peldaños en la preparación académica. Elegida la especialidad en filología griega, tomó como materia de su tesis doctoral «La visión del hombre en los escritos de Simeón el Nuevo Teólogo». Fue este personaje un intelectual de envergadura, poeta y escritor místico de la Edad Media oriental en los siglos X-XI, que es considerado en la tradición bizantina con un

rango similar al del apóstol san Juan Evangelista y al de san Gregorio Nacianceno, únicas personalidades que en la Iglesia bizantina reciben el apelativo de teólogos. Su tesis doctoral en literatura greco-bizantina bajo la dirección del Dr. Bravo García, fue defendida en la Universidad Complutense en 1998, obteniendo la máxima calificación académica.

Don Francisco María es un hombre inquieto, pero sobre todo, una persona amante de ampliar constantemente el horizonte de sus conocimientos, no pensando en su enriquecimiento personal, sino con la mira puesta en un servicio más eficaz a los demás en los puestos docentes a los que fuese llamado. Eso explica que, ya entrado el siglo XXI, iniciase una nueva aventura académica en el campo de la Patrística griega. Después de otro período de cinco años de estudios los culminó con la lectura de su Tesis de licenciatura sobre Teodoreto de Ciro en la Universidad de San Dámaso de Madrid. Teodoreto de Ciro fue un importante escritor bizantino del siglo V, que intervino activamente en las luchas cristológicas de los concilios de Éfeso y Calcedonia. Su obra principal «El Mendigo», objeto del estudio de don Francisco María, fue traducida por él por vez primera al castellano y editada en 2006 en la prestigiosa Colección Ciudad Nueva.

Inmediatamente después comenzó a trabajar en su segunda tesis doctoral, que versó, como no podía ser menos, sobre la obra de un autor bizantino del siglo VI, llamado Ecumenio. Fue defendida en la Universidad Eclesiástica de San Dámaso de Madrid en 2013 bajo el título de «El comentario sobre el Apocalipsis de Ecumenio en las controversias cristológicas del siglo VI», coronada también con la máxima calificación académica por el tribunal examinador.

En resumen: los trofeos académicos de don Francisco María son tres licenciaturas y dos doctorados.

Hasta aquí su *curriculum* como estudiante. Añadamos ahora algunos datos, los más notables, de su vida como profesor. La suya ha sido y es una vida dedicada al estudio y a la enseñanza. Después de una larga experiencia como enseñante en varias materias relacionadas con su especialidad, ha ostentado el cargo de Secretario General del Instituto Superior de Estudios Teológicos de san Ildefonso hasta 2013, en que fue nombrado Director del mismo y que desempeña en la actualidad.

Dentro de dicho Instituto, agregado a la Facultad de Teología de San Dámaso de Madrid, obtuvo por concurso la cátedra de Literatura Cristiana Antigua y Medieval. Imparte las asignaturas de Latín, Griego, Literatura Patrística Hispana, Historia de la Teología Medieval y Mariología. También imparte clases como profesor en el Instituto de Ciencias Religiosas.

Como reconocimiento a su labor investigadora no debemos omitir su pertenencia a varias instituciones relacionadas con sus especialidades científicas. Son las siguientes:

Miembro de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (1988)

Miembro de la Cofradía Internacional de Investigadores (2001)

Secretario de la Sociedad Española de Mariología (2007)

Socio fundador y vocal de la Junta directiva de la Sociedad Española de Bizantinística (2008).

Socio Correspondiente de la Pontificia Academia Mariana Internacional con sede en el Vaticano.

De su labor como autoridad académica pueden dar idea los datos que mencionamos a continuación:

Ha formado parte del tribunal de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad San Pablo-CEU para conferir el grado de doctorado a don Marcelo Aguirre Durán en 2009.

Ha formado parte de los tribunales que han juzgado las memorias de 10 tesis de licenciatura para conferir el correspondiente grado académico en el Instituto de Estudios Teológicos de san Ildefonso de Toledo entre los años 2005-2014.

Ha participado (como director, como miembro del tribunal, como censor, etc.) en los tribunales que han juzgado 15 Memorias para el grado de Diplomatura en el Instituto de Ciencias Religiosas entre los años 2009-2014.

Sus publicaciones son numerosas, alguna de las cuales ya han sido citadas. En cuanto a los libros ha publicado cinco. Son los siguientes:

El humanismo bizantino de san Simeón el Nuevo Teólogo. La

renovación de la mística bizantina, CSIC-Instituto Teológico de san Ildefonso de Toledo, 1999.

La Virgen María, modelo de espiritualidad eucarística, Toledo, 2005.

Teodoreto de Ciro, *El Mendigo*. Introducción, traducción y notas, Edición Ciudad Nueva, Madrid, 2006.

Simeón el Nuevo Teólogo (949-1022), Ediciones del Orto, Madrid, 2011.

El Comentario sobre el Apocalipsis de Ecumenio en la controversia cristológica del siglo VI en Bizancio, Instituto Teológico de San Ildefonso, 2013.

No voy a mencionar una por una las colaboraciones y artículos que aparecen en su *curriculum*. Me limito a ofrecer unos datos numéricos, para hacerse una idea de conjunto sobre sus trabajos de investigación y sobre las áreas de especialidades en que se mueven sus inquietudes académicas. Si hubiera que mencionarlas todas, ocuparían muchas páginas. Un apretado resumen nos ofrece el siguiente panorama. Las colaboraciones en libros misceláneos y en actas de congresos ascienden a 7. Los artículos sobre historia de la Iglesia son 9. Los trabajos de contenido filológico son 2. Los de contenido teológico 18. Las traducciones de libros oficiales litúrgicos para la Conferencia Episcopal Española 2. Las conferencias y ponencias en cursos, congresos y encuentros, superan el medio centenar.

Este es a grandes rasgos el perfil del nuevo académico. Podríamos definirle como un humanista integral, buen conocedor de las lenguas clásicas, base de la cultura occidental y, precisando un poco más, un helenista experto en el mundo bizantino del período histórico que en Occidente llamamos la Alta Edad Media. Sin duda, su presencia será una gran riqueza en esta Real Academia justamente ahora en que las humanidades han entrado en un período de recesión por obra de mentalidad utilitarista de quienes dominan los planes de formación de la juventud.

Pero don Francisco María se maneja también con soltura en la historia antigua y medieval de occidente. Y eso nos lo ha demostrado

suficiente mente en la exposición que nos ha hecho sobre un tema de la época visigoda íntimamente relacionado con Toledo. Su discurso de ingreso en esta Real Academia con que acaba de obsequiarnos, está basado en un dominio perfecto de las fuentes escritas que nos quedan de aquella época tan alejada de nosotros, de principios del siglo VI, como es el pontificado del obispo Montano y el Concilio II de Toledo que él presidió en su catedral de Santa María, cuando los visigodos arrianos habían comenzado ya a internarse por las tierras de la Península Ibérica e intentaban competir –¡vano intento!– con la superioridad doctrinal de los católicos hispanorromanos.

La Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo acoge hoy a don Francisco María Fernández Jiménez entre el número de sus miembros. Le da la bienvenida como nuevo Académico Numerario, tiene puestas muchas esperanzas en sus muchos saberes y le desea una larga y fecunda vida académica.

He dicho.